

## EL PSICOANALISIS EN DIALOGO CON LA TEOLOGIA

Presentamos al lector un libro de primera clase (\*). Uno de esos libros destinados a ser acontecimiento bibliográfico y monumento histórico, porque verdaderamente inicia un tema nuevo, hasta ahora no visto muy claro por parte de los autores católicos. Es un diálogo vivo y animado entre un psicoanalista y un teólogo escolástico y católico; quizá el texto de diálogos auténticos entre Jung, el famoso psicoanalista, y el P. White, ilustre dominico inglés. Se habla del importante y enorme problema de poner de acuerdo Psicoanálisis y Teología en el tratamiento de la persona humana. Pero el P. White lo hace de un modo original, nuevo hasta ahora, y magistral, porque es el primer católico que, escuchando atentamente al psicoanalista, trata de buscar solución a los hondos problemas de la naturaleza humana por él suscitados, a la luz de la Psicología Perenne y de la Teología. El mismo Jung lo saluda en el prólogo como la primera contribución en este aspecto: "Hace muchos años, dice, que estoy manifestando mis deseos de colaborar con los teólogos, pero no sabía, ni soñé nunca, en qué forma habría de cumplirse este mi deseo... En los cincuenta años de investigador que pesan sobre mí he soportado muchas críticas, justas o injustas, para que se me oculte el valor de este ofrecimiento de *colaboración positiva*... La existencia humana, enferma y doliente, necesita un tratamiento, a la vez somático o biológico y religioso o espiritual; es un problema del dominio de la Psicoterapia y de la Teología... Las neurosis son reacciones de la existencia humana, considerada como un todo... Largos años de experiencia me han probado que una terapéutica exclusivamente biológica no basta; se necesita la parte espiritual o religiosa... He dedicado una gran parte de mi vida a esta labor. Pero desde el principio comprendí que el problema excedía a mis fuerzas... Se necesita la colaboración de muchos..., especialmente de los teólogos..., por-

---

(\*) FR. V. WHITE, O. P., *God and the Unconscious, with a Foreword by C. G. Jung*. The Harwill Press, 1952. 277 págs.

que, aparte del médico, son los únicos que, por profesión, deben tratar los problemas del alma humana... Es de suma importancia que el teólogo sepa lo que pasa en el alma del adulto; y que el médico aprecie la gran parte de lo espiritual en el campo de lo psíquico... Debo manifestar mi profunda gratitud porque *la cooperación largamente deseada y esperada es ahora una realidad...* Yo me he limitado a describir la fe, las inquietudes, la esperanza y devoción del empirista...; el punto de vista teológico lo dejo para el autor de este libro... El autor se ha esforzado por mantener su exposición en contacto con los procedimientos empiristas, y si no lo ha conseguido siempre, yo seré el último en censurarlo, porque también me reconozco culpable de más de una ofensa contra el método teológico, hecha por mí mismo... En este aspecto, el autor se merece todas mis alabanzas. Ha sabido tratar a la parte contraria con extremada delicadeza; y a la vez ha llevado luces insospechadas a los estudios teológicos. El médico psicoterapeuta no puede en absoluto prescindir del método religioso curativo, lo mismo que el teólogo, empeñado sinceramente en la *cura animarum*, no debe ignorar las experiencias de la Psicología Médica... El libro del P. White tiene el gran mérito de ser el *primero*, por parte de los teólogos católicos, dedicado al estudio de las trascendentales consecuencias del conocimiento empírico de las representaciones colectivas, haciendo un serio esfuerzo de integración."

La contribución del P. White al problema es de primer orden, y en todos los estudios que en lo sucesivo se hagan sobre esta cuestión su libro ha de ser un guía indispensable. Aferrado más que ningún otro tradicionalista a los principios incommovibles de la Filosofía y Teología católicas, el P. White ha buscado la conciliación con el Psicoanálisis, no a base de concesiones, sino exigiendo e integrando. Vamos a escucharle en los tres de sus principales capítulos, esperando que el lector español pueda muy pronto disfrutar de su lectura total en la traducción ya en preparación.

### Las fronteras de la Teología y la Psicología

La Psicología de Jung, más que ninguna otra, ha llevado a la moderna ciencia hasta las mismas fronteras del reino tradicionalmente administrado por la Teología; más aún, se ha introducido hasta el corazón de ese reino. El psicoanalista, después de Jung, no sólo quiere inspeccionar el campo teológico, sino que, además, intenta asumir funciones tradicionalmente reservadas al pastor de almas. Preocupaciones y dificultades, problemas morales, deseos de orientación y otros problemas que nuestros antepasados llevaban solamente al confesonario son ahora, frecuentemente, llevados a la sala de consulta del médico o del psicoanalista. La creencia de que los desórdenes espirituales y mentales son

independientes entre si puede ahorrar muchas dificultades al especialista, pero la falsedad de esa creencia es manifiesta, tanto por el principio teológico de que "la gracia no destruye, sino que perfecciona la naturaleza", como por los resultados obtenidos. Para que ambos aspectos colaboren en la más perfecta armonía debemos empezar distinguiéndolos con todo cuidado. Las intrusiones de los psicólogos no pueden desconcertar al teólogo tomista, porque sabe que las ciencias humanas no se distinguen esencialmente por los objetos materiales, sino por las *rationes cognoscibiles*; sabe que Dios, objeto de nuestra fe, puede ser objeto de una investigación racional; y lo mismo vale proporcionalmente del alma humana, etc. Según esto, queda abierto un campo inmenso para intercambio y confrontación de ideas y experiencias. Para nosotros, y Jung está de acuerdo, el alma es un postulado fuera de los alcances de la ciencia. Los arquetipos, cuando más, explican que ninguna hipótesis empírica puede dar la última razón del alma. Por lo tanto, mientras la Psicología Empírica se limite a observar y correlacionar las materias primas de los datos psíquicos, tratando de buscar su origen inmediato, no se le puede disputar al filósofo o al teólogo su derecho a buscar las causas últimas, trazando principios y normas definitivas. No siempre se han respetado las fronteras. Fundado en una base puramente empírica, vemos a Jung implicado en los más elevados problemas de la Santísima Trinidad, tales como el carácter a-lógico y no-natural de la "procesión" de la Tercera Persona. Y más sorprendente aun es que una Psicología de la Trinidad no hable más que de Dios y nunca del hombre, por ejemplo, del culto de la Trinidad o de la importancia de esa doctrina para la Psicología de la Religión. Sin rechazar todo lo que Jung dice de la inmanencia de Dios, debemos añadir que la trascendencia divina es un hecho de tanta importancia psicológica, que su omisión no puede menos de causar enormes estragos en la Ciencia.

Respecto del problema del mal, Jung rechaza la definición tradicional "ausencia o privación de bien" como empíricamente falsa y muy perjudicial psicológicamente. En su ensayo de Psicología Trinitaria admite una cuarta hipótesis que él llama "Maldad" en una forma totalmente heterodoxa. Según el P. White, en sus discusiones con Jung sobre la cuestión del mal se "ha producido más calor que luz".

En el tratado acerca del hombre, los puntos de contacto entre psicoanalistas y teólogos son mayores. Especialmente, esto ha de esperarse de los principios teológicos; "la gracia perfecciona la naturaleza" y "el pecado desintegra pero no destruye la bondad radical de la naturaleza humana". Las doctrinas teológicas sobre la naturaleza y destino del hombre, la caída y desintegración, su restauración y expiación en y por el Verbo Encarnado, el Sacrificio, los Sacramentos, la Iglesia, todo esto da base para hermosas comparaciones e ilustraciones con la Psicología Empírica. La doctrina teológica fundamental acerca del hombre es que éste ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Cumple su destino

en la medida de su conformación con esa imagen. Pero en la realización de esa imagen necesita de la gracia de Dios, es decir, no bastan las fuerzas de su conciencia, necesita el auxilio de fuerzas ultraconscientes, o inconscientes, en terminología psicoanalista. La "caída" fué un pecado de soberbia, de autónoma auto-afirmación del ego consciente sobre y contra Dios, con la consiguiente ruptura de los lazos de la gracia. Esta rebelión contra Dios—substitución de Dios por el ego individual o colectivo—llevó consigo una desintegración de "todo el hombre natural", siguiendo cada parte sus propias inclinaciones, insubordinadas contra las exigencias del todo o "ego". La expiación, reparación y curación estaba fuera del alcance del hombre. Dios mismo, en Cristo, debió reconciliar al mundo consigo mismo. Y nosotros, unidos a Cristo como "miembros de su cuerpo" y tomando nuestra cruz, ayudados por la gracia de los Sacramentos, podemos hacer reales en nosotros mismos los efectos de su obra redentora. Jung mismo, desde un punto de vista puramente empírico, ha escrito, con maravillosa intuición, sobre detalles del sacrificio cristiano, sacramentos y escrituras, para admiración y estimulación del mismo teólogo católico. "Enormes posibilidades, para un enriquecimiento y ayuda mutuos, quedan abiertas."

### Dios y el Inconsciente

Parece extraño que los teólogos de nuestro siglo, que han prestado atención a los métodos psicoanalistas, hayan manifestado más predilección por Freud o Adler que por Jung. El hecho es desconcertante para el mismo Jung, dado que esos dos autores "rechazan todo valor espiritual". Pero este desconcierto, según White, es en el fondo demasiado ingenuo, puesto que la "religiosidad" de Jung se opone tanto a la verdadera religión como el sistema más ateo. Los fundamentos filosóficos de la teoría freudiana serán materialistas y ateístas. La concepción adleriana de la naturaleza humana podrá ser una de las perversiones más cinicas de la imagen divina. Pero en uno y otro caso cabría distinguir el fondo filosófico o doctrinal y la práctica terapéutica. En Jung no cabe esa distinción; la teoría y la práctica están enraizadas en "lo espiritual"; y el peligro está en alucinarse con esa aura de religiosidad con que Jung adorna todos sus principios y todas sus prácticas. Para Jung, los ritos, arte, religión no son símbolos o sustitutos de la sexualidad, sino que la sexualidad misma es el modelo más perfecto de los procesos psicológicos simbolizados o encarnados en las prácticas religiosas, etc. De esta manera, como Jung dice, la *libido* se espiritualiza más y más de una manera natural y casi imperceptible.

Y aquí tenemos precisamente la contribución original de Jung al problema de "Dios y el Inconsciente". El contenido del Inconsciente no se limita a lo adquirido durante el período de vida de un individuo. Debajo de ese período yacen latentes todas las experiencias de la raza o herencia racial expresada en "arquetipos": detrás del vientre fisio-

lógico materno está el vientre arquetipo de la Madre de todos los vivientes; detrás de nuestro padre físico está el Padre arquetipo; detrás del niño, el *Puer Eternus*; detrás de las manifestaciones particulares de la *libido* está el Espíritu universal, creador y re-creador. Todos estos "dobles" no son solamente sustitutos imaginativos del original, sino que lo que se creía original o primero—madre, padre, niño, libido—es ahora una simple manifestación particular del verdadero arquetipo: Madre, Padre, Puer Eternus, Espíritu Creador. Ya no debemos concebir a Dios como el sustituto del padre físico, sino que éste es el primer sustituto de Dios respecto del niño. Dios no es un Gran Padre, sino que el padre físico es un pequeño dios.

Con esto, el Psicoanálisis ha abierto panoramas tan amplios, que el teólogo no puede ya sentirse totalmente ajeno a esas exploraciones. Se ha abierto un inmenso margen de confrontación y comparación. El teólogo que lee a Jung no puede menos de sentirse dentro de un ambiente familiar. Y, sin embargo, sería un gravísimo error el citar a Jung como apologista de la religión. Su sistema debe considerarse más como un desafío que como una apología. Desafío al incrédulo, bien claro y manifiesto; y desafío al creyente, más disimulado pero no menos serio. Es fácil, para el hombre religioso, deshacerse de las manos de Freud, que nunca tomó en serio el problema de la religión, y cuyo Psicoanálisis pretende ser "simple ciencia" sin ningún compromiso con la fe y demás problemas similares. Jung empieza negando esa dicotomía, con la afirmación de que la religión, consciente o inconscientemente, afecta y penetra toda nuestra vida. De cualquier parte que nos pronunciamos, Jung nos desafía a ser más conscientes, más maduros y responsables en nuestra fe y religión, si no queremos destruirnos a nosotros mismos o a los demás.

### Psicoanálisis y Moral: El analista y el confesor

¿Existe algún peligro para nuestra fe, religión y moralidad en someterse al tratamiento psicoanalista? Este problema, práctico y teórico a la vez, lo desarrolla el P. White en un capítulo ejemplar en profundidad doctrinal y belleza literaria. A nosotros ha llegado el rumor, dice el P. White, de psicoterapistas que, después de largos y costosos tratamientos, recetan burdos remedios antiguos, tales como la fornicación, el divorcio, abandono de la vida familiar y otras formas descaradas de impureza, injusticia e impiedad. Hemos oído de una importante escuela psicoanalista que prescribe la eliminación de Dios y de la conciencia—disfrazándolo con el super-ego—como único remedio para curar a los enfermos. También hemos oído de las inmoralidades cometidas durante el tratamiento: empleo de drogas y métodos hipnóticos, confesión de secretos, reacciones inmorales producidas por *shock*, inducción del paciente a enamorarse del analista con las consiguientes conversaciones y

prácticas obscenas. Aunque nos cueste creer todo esto, al menos como práctica general, para nosotros en el fondo existe una cuestión de suma importancia: ¿Someterse al tratamiento psicoanalítico no lleva consigo el someter nuestra mente y voluntad a la dirección o quizá opresión de la mente y voluntad de otro, con moral y religión, cuando no insanas, al menos inseguras? O al menos, ¿no existirá el peligro de que el psicoanalista quiera modelar la conducta del paciente según su propio *standard* de normalidad, siendo lo normal la conformidad con el hombre *standard* del mundo corrompido de nuestros días?

Muchas respuestas se han dado. La más común y más peligrosa es aquella que quiere curar en nombre de la "Ciencia". La Psicoterapia, se nos dirá, es un ramo muy importante de la Medicina, es el empleo de métodos puramente científicos para curar desórdenes puramente mentales. No tiene nada que ver con la religión o con la moral, con la virtud o con el vicio. La cura debe hacerse sin tener en cuenta las convicciones religiosas o normas morales del paciente. La idea de que puede admitirse la técnica freudiana sin aceptar su filosofía ha sido lanzada por Dalbiez y recogida por Maritain. Es verdad que la Psicoterapia debe ser rigurosamente científica y podemos consentir en llamarla "un ramo de la Medicina". Pero el considerarla como parte de la Medicina presupone muchas veces la concepción puramente materialista de la misma Medicina. Se esconde a la Psicoterapia detrás de la Medicina para desafiar a la religión y a la moral. Por otra parte, las neurosis están íntimamente relacionadas con la vida mental, moral y religiosa del paciente, y no pueden curarse como se curaría un cáncer o un dolor de estómago. No se puede prescindir del manejo de la ética y de la religión del individuo. No podemos comprender cómo el psicoterapeuta puede tratar al neurótico en su neurosis prescindiendo de las verdaderas causas de las mismas. Jung ha llegado hasta afirmar que no puede haber curación definitiva de psiconeurosis sin el recurso al punto religioso del individuo, sin algo parecido a una "conversión" que abandone la previa religión o irreligión. Aun desde el punto de vista terapéutico, la religión y moral del paciente no pueden considerarse como un *tabú* o constante que permanece intangible a lo largo de todo el proceso.

Otros dos procedimientos extremos son el psicologismo, que cree que religión, moral, etc., no son más que Psicología, y el pan-religionismo, que niega todo lugar a la psicoterapia, porque la religión satisface por sí sola todas nuestras necesidades. Ni el sacerdote sustituye totalmente al analista, ni el analista al sacerdote. Si buscamos instrucción moral, teológica o religiosa no debemos ir al analista, sino al sacerdote o confesor. El analista que quiere ser confesor se equivoca tanto como el confesor que pretende no ser más que analista. Gran bien puede derivarse del conocimiento de las prácticas analistas para el confesor y del conocimiento de la práctica del Sacramento de la Penitencia para el analista.

Fr. Acacio FERNANDEZ, O. P.